

I

El rudimentario puente de madera improvisado sobre la quebrada se tambaleó y crujió estrepitosamente cuando el jeep lo atravesó velozmente. Las tablas se sacudieron el polvo y el ruido del motor se apagó en la distancia ante la indiferente mirada de dos mujeres que frotaban unas raídas camisas contra las mohosas piedras que, con el tiempo, el agua del manantial se había encargado de alisar.

En el interior del vehículo, Gustavo aleccionaba a sus pasajeros sobre la bondad de las tierras que acababan de dejar atrás. Manuel, con una sonrisa en los labios, escuchaba atentamente las explicaciones mientras María, su joven y tímida esposa, se limitaba a pasear distraídamente la vista por el exuberante paisaje. Para ella todo resultaba una novedad, ¡era tan distinto a su Rosario natal!

Gustavo Aoún, descendiente en tercera generación de una pareja de cristianos maronitas libaneses originarios del Valle de la Bekaa que había decidido asentarse en Cali a principios de siglo, era un hombre satisfecho de sí mismo. Su altura, el color de sus cabellos y de sus ojos revelaban la casta de sus genes. La determinación que destilaba de sus movimientos y la firmeza de sus gestos le hacían aparecer como la alimaña que acecha a su presa desde su guarida: segura y confiada.

María y Manuel, el matrimonio argentino que compartía el ancho asiento delantero con Gustavo, acababan de ver en menos de media hora la vasta hacienda que deberían comenzar a administrar en un par de días. El Rancho, que era el nombre original de la propiedad, había sido la primera inversión en zona rural que hiciera Gustavo, que sentía un apego muy especial por los alrededores de los pequeños pueblos del sur del Valle del Cauca.

El libanés, como le denominaban cariñosamente los amigos que acostumbraban a pasar largos fines de semana con él en alguna de la media docena de fincas que poseía, accionó la tracción trasera del Renegadoi y echó un fugaz vistazo a su reloj. Las dos y treinta y cinco de la tarde. En un par de horas estaría de regreso en Cali, siempre y cuando la vía que lleva hacia el sur estuviera descongestionada este sábado en el último tramo de los noventa kilómetros que debía recorrer una vez abandonara Morales.

El trío cruzó el portón de entrada de El Rancho y viró por un polvoriento sendero que perdía de vista la rústica casa de la hacienda. Pero, cuando no había rodado más de medio centenar de metros, Gustavo tuvo que enterrar el pie en el freno del jeep. Tres, cuatro, siete hombres, que probablemente se habían agazapado tras las descomunales piedras que flanqueaban el camino, le obligaron a detenerse. Sus pupilas se dilataron al ver la vestimenta de los emboscados. ¡Guerrilleros!, exclamó atónito. Cuando intentó buscar la cara de Manuel a su derecha, sintió la presión de un grueso cañón en su nuca; justo sobre la sien del argentino reposaba la boca de otro Galilii.

i Jeep modelo Renegado.

ii Fusil de asalto israelí.